

# LA PROTESTA

PRECIO 10 cts. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administ.: PERU 1537

Valores y giro a A. Barrera

## BOLCHEVIQUISMO Y BUROCRACIA

En Rusia no gobierna un partido: la masa que apoya a las primeras figuras políticas y sanciona con su silencio todos los abusos del poder ejercido en su nombre por un comité dictatorial y absolutista. El comunismo es un denominativo que carece de realidad como potencia espiritual y como fuerza de orientación. Y ni siquiera puede la masa comunista rusa, pese a su condición de minoría y a su exclusivismo partidista, considerarse como la fracción de vanguardia del proletariado a cuya voluntad se doblegan los gobernantes de Moscú.

La burocracia bolchevique, una casta alimentada por los obreros rusos y sostenida por el partido comunista, escapa a todo control popular. Nadie, ni los mismos afiliados al partido de la revolución... puede disentir los actos del gobierno soviético. El Kremlin es una fortaleza no conquistada por el proletariado. Y desde ese palacio imperial, ahora transformado en sede de la comisariocracia roja, la burocracia bolchevique dirige la vida de Rusia y legisla sobre la voluntad, el gusto, los temperamentos y las ideas de millones de hombres.

Para dar una idea de lo que representa el gobierno de los comisarios rojos, basta con mencionar estos antecedentes: En Rusia funciona una caricatura de parlamento, inspirado por Moscú para dar a la burguesía europea la sensación de orden y legalidad que exige el reconocimiento del Soviet. Pero el poder efectivo está en manos de unos pocos individuos: de una reducida camarilla apoyada por una masa inconsciente o atemorizada por las brutales persecuciones de "Tehera". Rikof, jefe del consejo de comisarios y sucesor de Lenin en la jefatura del partido comunista; Kamenev, jefe del consejo del trabajo y de la defensa; Tsurupa, comisario del abastecimiento y presidente de la comisión de proyectos del Estado; Churbar, presidente del consejo de comisarios de Ucrania; Trotsky, ministro de la guerra; Tchitcherin, comisario de relaciones exteriores; Krassin, ministro de comercio exterior; y Orkalagvili, primer comisario de Georgia, forman el consejo de comisarios de toda la Rusia. Parte de esos mismos miembros constituyen el Comité Ejecutivo, que preside Kalenin, cuerpo que forma la primera columna de esa pluralidad de poderes.

Según la nueva constitución soviética, el consejo de comisarios y el Comité Ejecutivo asumen los poderes

legislativo y ejecutivo durante los recesos del parlamento, por lo que la autoridad suprema del gobierno bolchevique está en manos de dos hombres: Rikof y Kalenin, y de sus respectivos colaboradores en los distintos comisariados.

Para justificar esa centralización de poderes, los absolutistas bolcheviques alegaron infinidad de razones: la necesidad de un frente único de todo el proletariado ruso para combatir la contrarrevolución, el desco-

ntaria de los partidos social-demócratas. Denunciaron al mundo la farsa de la democracia burguesa, oponiéndose a su implantación en Rusia. Pero el substituto bolchevique del régimen de Kerensky — la llamada dictadura del proletariado, — repitió en otro sentido todas las fases de la vieja comedia gubernamental, con el agravante de que el ejercicio del absolutismo soviético mató en la clase obrera todo espíritu de iniciativa y ahogó la oposición

neros para que no denuncie las luchas que corren a la burocracia comunista.

Según informes verídicos que tenemos a la vista, respecto a las discusiones en el seno del partido comunista, que llegaron a su punto agudo a mediados de octubre, el órgano oficial del comité central del partido, "Pravda", da a conocer que la oposición al comité central provino de los comunistas llamados de la izquierda. Según se desprende de la información, desde comienzos de noviembre ese diario dedicó una página a artículos y cartas de comunistas, conocidos o no, en las que discutían la situación del partido y las reformas que consideraban necesarias en él. El ciudadano Sapronoff sostuvo que la "designación" de empleados del partido, en vez de su "elección", y el temor de los comunistas en general de tener una opinión propia que pudiera diferir de la decisión de los comités dirigentes, condujo a la transformación de los "comunistas menores" en "empleados sumisos y sin influencia".

Dice Sapronoff conocer casos de comunistas que trabajan en la misma fábrica, donde forman un núcleo, y que se negaron a tener ninguna relación con los trabajadores no comunistas. Agrega que no se lleva a cabo ningún trabajo de propaganda por los núcleos de trabajadores más calificados, y que cuando éstos se atreven a criticar a los comunistas, son acusados de opositores. "Esto — dice — nos amenaza con la pérdida de toda influencia entre los trabajadores, sin hablar de los campesinos" y pudiera conducir "a resultados muy peligrosos". Resume como sigue el programa de las reformas que juzga necesarias:

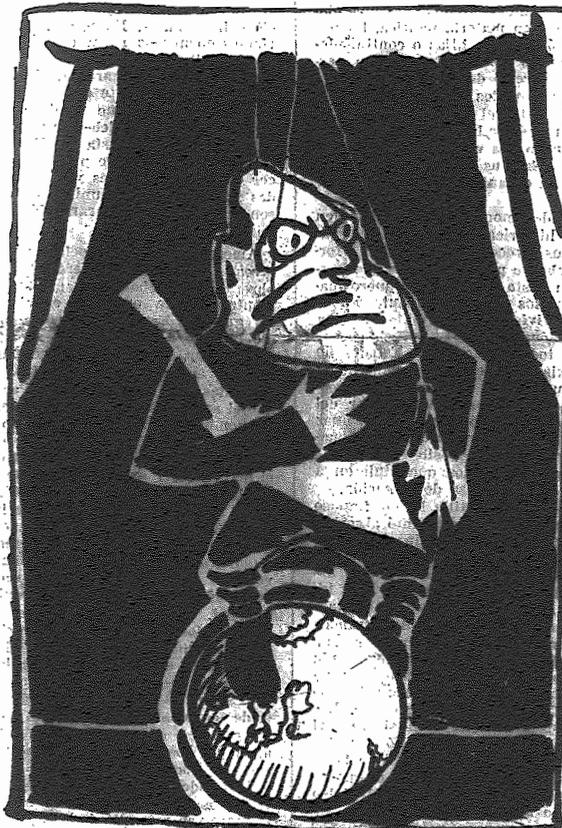
"La renovación de la maquinaria del partido debe empezar inmediatamente. Debe ser llevada a cabo sin "nombramientos", "recomendaciones" ni "coordinaciones", pero por medio de verdaderas elecciones. En vez de pasar el tiempo en discusiones, el partido debe proceder inmediatamente al estudio no sólo de las cuestiones de organización, pero también de los problemas de política general".

Otro de los arriba mencionados articulistas comunistas pone de manifiesto el hecho de que ese sistema de casta burocrática conduce a veces a una completa degeneración de los dirigentes comunistas provinciales, que desempeñan el papel de inaguantables sátrapas odiados por todo el mundo.

Por su parte, el comunista Mingki, también en el "Pravda", hace la siguiente declaración:

"El secretario de un núcleo de cantón me dijo que se abogaba entre las garras de la burocracia del partido. Me refirió estos hechos. El

## TEATRO DE TITERES



"Soy el único dictador patentado" (obra ruseña, aplaudida a rabiar por el público fascista).

de centralizar la economía soviética para subvenir a las necesidades del hambre, la imperiosa obligación de los comunistas de someterse a una disciplina férrea para que no se nulgaran las conquistas del golpe de Estado, y, finalmente, el ya gastado argumento de la dictadura de la clase obrera, que sirvió de pretexto a los marxistas antidemocráticos para estrangular toda oposición e impedir que el pueblo interviniera en la orientación del movimiento revolucionario.

Los comunistas rusos reaccionan contra la esterilidad parlamen-

de los disconformes con la marcha del movimiento revolucionario.

El mismo partido comunista ruso terminó por perder toda su personalidad política. La masa comunista no puede tomar resoluciones contrarias al gobierno, ni intentar el control de los actos de los jefes del partido, de los comisarios y altos funcionarios del Estado. Y todo bolchevique que intente formar un grupo de oposición o aliente una tendencia contraria a las directivas del consejo de comisarios, es expulsado del partido, calificado de traidor y amordazado por sus mismas compa-

principal comunista del distrito vivió en la casa a una campesina con una perra. Era su esposa separada, que había ido a visitar a sus hijos sin autorización del hombre. El hecho fué comunicado al diario local... que no publicó nada, por la simple razón de que el diario y la policía locales están en manos de ese comunista que por lo tanto no pueden nada contra él".

A esos argumentos, que demuestran la creciente corrupción de la burocracia comunista, Zinoviev, presidente de la Tercera Internacional, contesta desde el "Pravda" lo siguiente:

"No es porque seamos amantes de la centralización, sino porque el actual momento histórico requiere que nuestro partido sea unido y homogéneo; de otra manera no podría vencer a la burguesía. Si ahora legalizáramos la existencia de grupos y facciones dentro de nuestro partido, ello significaría que tenemos perspectivas de gobiernos en discordia. El partido no puede admitir eso. La más leve grieta en el poder significaría el peligro de la dictadura proletaria. Si hasta ahora hemos resistido todas las desgracias que nos asediaron, fué sólo debido a nuestra solidaridad".

Con ese viejo argumento se cierra toda discusión aún en las filas del partido bolchevique. Y, mientras se amordaza al proletariado y se estrangula despiadadamente toda oposición a la casta gobernante, Rusia se aloja cada vez más de las fuentes revolucionarias del pueblo y sus gobernantes adquieren nuevos hábitos en el contacto con la burguesía y en el ejercicio del poder.

¿Dónde está, pues, la salvación de los principios revolucionarios? En el pensamiento amordazado y en el espíritu aniquilado de la masa obrera y no en la avaricia y el orgullo de la voraz burocracia comunista.



Un tomo en 3.ª edición ..... \$ 1.20  
 Edición especial, papel pluma ..... 2.00  
 " " encuadernado en tela ..... 3.50  
 (A fin de evitar posibles extravíos, recomendamos a los compradores que a todo pedido que haga de servirnos por correo se acompañe el correspondiente importe para el certificado.)

Toda pedido debe venir acompañado de su importe a nombre de A. Barrera.  
 Pedidos a París 1887.  
 Buenos Aires

## El anarquismo y los movimientos separatistas

Creo oportuno que los anarquistas presemos nuestros puntos de vista o nuestras opiniones categóricas, frente a los movimientos separatistas que se han producido últimamente en algunos países de Europa como asimismo también en vista de los que puedan producirse en otros pueblos o naciones que integran la sociedad.

En el viejo solar europeo la mayoría de las naciones se hallan integradas por un conglomerado de razas de acentuado carácter unas y de matices nuevos pronunciados otras y subordinadas moral o políticamente entre sí.

Uno de los efectos más inmediatos de la gran guerra fué la formación, en el viejo continente, de varios Estados exponentes históricos de las nacionalidades, que vivían aprisionadas, incorporadas violentamente y mantenidas, por la fuerza, al seno de los vastos imperios. India, Polonia, Lituania, Checoslovaquia, etc., son nombres que hablan de ello, eocuentemente.

El estudio más somero de la historia y por consiguiente también de la formación de los grandes Estados, nos dice claramente que, en materia política, las naciones históricas son hijas o continuadoras del imperio romano el cual al ser cierto que desapareció de la historia, al empuje de los llamados bárbaros del norte, en cambio halló el modo de resucitar después a través de la Edad Media y aparecer de nuevo a la vida civil al formarse los grandes Estados monárquicos que sucedieron a la organización feudal del medioevo.

Las grandes monarquías que emergieron a la vida histórica durante los tres últimos siglos, proceden en la misma forma que hubo de proceder Roma al incorporar a su vasto imperio el número mayor de pueblos y de razas antagónicas que jamás vivieron juntas bajo la égida de una nación.

En casi todos los grandes Estados de Europa existe, en el centro de la vida nacional, un núcleo, primigenio y prepotente, que al erigirse en dominador del contorno se incorporó, por la fuerza unas veces y otras por intrigas de su diplomacia, al mayor número posible de pueblos y de pequeños Estados que vinieron a constituir la gran masa de la nación.

En España fué Castilla la que impuso su hegemonía política e intentó absorber inútilmente a los demás tipos étnológicos distintos. En Francia fué el norte quien sometió a la Provenza que se halla en su parte sur. En Inglaterra los ingleses se impusieron a Escocia e Irlanda como así a los dominios de ultramar. En Alemania es Prusia quien desempeña el mismo papel imponiendo su hegemonía a los antiguos Estados alemanes y también a daneses, polacos, aliaados-loreneses, etc. En Rusia igual fenómeno. Los grandes rusos constituyeron siempre el grupo dominador que prevaleció sobre los rutenos, finlandeses, lituanos y polacos hasta la revolución de 1917. Por último en Austria también era un núcleo, el núcleo cohesionado alemán, quien imperaba sobre checos, magyares y polacos, italianos y eslovenos, antes del derrumbe bélico de 1918.

El proceso de formación de los grandes Estados modernos se caracteriza, pues, por una norma de imposición y de crecimiento de fuera hacia dentro que hacen cada día más grandes sus límites periféricos y por consiguiente también más numerosas e intensas las protestas y las revueltas de los pueblos incorporados violentamente al seno de los vastos imperios. Las violencias que los Estados modernos han cometido contra pueblos de vida independiente pueden ser ignoradas u olvidadas por los hombres de nuestra generación. Pero los pueblos que las han sufrido no las ignoran ni las olvidan derivando, de ello, los movimientos nacionalistas que tanto nos han sorprendido estos últimos años.

Los anarquistas hemos dicho y repetido que somos federalistas en la extensión más amplia del término. Hemos dicho y repetido hasta el cansancio, que somos partidarios de la más completa libertad,

proclamando en todo sentido, la independencia del hombre, de la comuna, del pueblo o de la región, dueños absolutos de sí mismos y con derecho propio para determinarse en materia de vida social. Los anarquistas, pues, desde este punto de vista no podríamos oponernos a ningún movimiento separatista, a la voluntad de ningún pueblo que políticamente desee separarse de los demás, sin mengua de nuestra doctrina. Menos todavía podemos hacerlo cuando vemos los cuadros de violencia histórica a que fueron sometidos los pueblos sojuzgados como así también la represión sangrienta que a través del tiempo sufrieron las pequeñas nacionalidades.

Denuestra Kropotkin, en un estudio sobre el Estado histórico, que todo Estado desaparece de la sociedad al llegar al imperio, es decir, cuando el exceso de violencia ejercida sobre los pueblos provoca el derrumbe forzoso de su despótica función. Todos los anarquistas, pues, deberíamos alegrarnos al ver en peligro a uno de esos grandes monstruos políticos que cae minado por el descontento y por las ansias de independencia de sus núcleos integrantes. En ningún caso deberíamos oponernos a esta obra de descomposición de los imperios centralizadores, en nombre de la anarquía, si no queremos caer en flagrante contradicción.

Nuestro federalismo no debe ser sólo económico sino que debe ser también moral. Debe llegar hasta las últimas consecuencias de su libre prédica y reconocer que a los hombres y las colectividades son libres para unirse entre sí o son también para separarse dónde, cuándo y cómo se presente.

Amenado se suele apelar, entre nosotros, a un llamado interés de la clase obrera, que se halla por encima de las fronteras, para oponer, en algunos de los grandes Estados centralizadores, al movimiento separatista que se agita en su interior. No sé hasta qué punto es sincera, en muchos de nuestros propagandistas, esta manifestación. Pero si sé que el anarquismo no puede oponerse, en su nombre, a ningún movimiento de libertad aunque sólo sea político, invocando dichos intereses. El anarquismo no es el marxismo. Y en nombre del interés de la clase obrera se podría ir también contra el anarquismo o contra el sentimiento y la libertad anarquistas. La experiencia de los últimos años nos ha demostrado a qué grado de tiranía se puede llegar invocando el interés del proletariado sin acompañarlo del concepto anarquista de libertad.

Todos los movimientos separatistas se caracterizan por un espíritu radicalmente avanzado en comparación con los ideales políticos de los Estados centralizados. Sus partidarios, por el hecho de verse de continuo perseguidos y en lucha con los esbirros, adquieren una amplitud de alma que los hace propicios a cualquier solución social avanzada.

Casi todos los separatistas son revolucionarios en sus métodos. Y en sus fines siempre van más allá de la estructura política del pueblo dominador. Es sugerente que ninguna de las nacionalidades surgidas de la post-guerra haya adoptado la forma monárquica de gobierno; lo que abona nuestra afirmación.

Irlanda si momentáneamente ha aceptado el régimen de autonomía, dentro de la monarquía inglesa, no ha sido sin la consiguiente resistencia de los republicanos que deseaban luchar hasta el fin. En España los separatistas catalanes han hecho pública declaración de fe republicana. Y hay, en el seno del nacionalismo catalán, un núcleo de espíritus libres que no hacen, del movimiento separatista, cuestión de gobierno propulsando el movimiento hacia conclusiones radicales de libertad aceptando, como última fórmula de organización social, el federalismo anárquico dentro de una Cataluña libre. Compárense esas ideas con el espíritu arcaico de los ilustres rancheros que integran el Directorio, y la vieja arqueología que encarna la nefasta dinastía española, y díganse después si en nombre de la li-

bertad se puede ir en contra de la independencia de Cataluña.

Si aceptamos que una revolución social debe implicar de hecho una desarticulación del Estado, estatal, que domine y oprime a los pueblos, deberemos admitir también la posibilidad de que una comuna, un departamento o una provincia, reivindique el derecho de organizar su vida partiendo de las necesidades y deseos de sí mismos sin ingerencias extrañas de ningún poder. Deberemos también, por lógica consecuencia, aceptar el desmembramiento de cualquier Estado y admitir la libre organización de aquellos habitantes que así quisieran hacerlo independientemente de los demás.

Supongámonos que mañana una revolución en la República nos permitiera organizar la vida sobre un principio de equidad. Y que agregando a la independencia política la igualdad económica los anarquistas de Santa Fe proclamaran a ésta República Anárquica Independiente. ¿Habrá nadie que en nombre de la libertad pudiera combatir esa independencia? Evidentemente, no. Y menos aún cuando sólo puede haber verdadera solidaridad entre los pueblos cuando ellos son enteramente libres y dueños de sus propios destinos.

Los Estados tal como existen en la actualidad deben desintegrarse. Fundados en los principios de centralización e imperio, es necesario que desaparezcan al empuje de la revolución porque serían un peligro para la futura libertad.

Debemos volver la vista a las organizaciones libres de la Edad Media de que nos hablaba Kropotkin y comprender que sólo en la federación de pueblos libres se halla una posibilidad de vida libertaria para el porvenir. Los anarquistas no pueden pues en nombre de sus ideas oponerse a la independencia política o económica de ningún núcleo étnológico afín que desee separarse de un imperio centralizador para organizarse según sea su voluntad.

En los números 112 y 113 de este SUPLEMENTO el camarada Rocker ha tocado el problema de las nacionalidades con la abundancia de datos históricos y la frondosa cultura que le son propios. Después de apreciar y valorizar como se debe a las pequeñas ciudades libres de la Edad Media, de las cuales emergió una cultura que no ha sido todavía superada en intensidad, dice lo siguiente:

"Nosotros somos a-nacionales. Exigimos el derecho a la libre resolución para cada comuna, para cada región, para cada pueblo y precisamente por eso rechazamos la idea absurda del Estado nacional unitario. Y somos federalistas, es decir, partidarios de una federación de libres agrupaciones humanas, que no se apartan unas de otras, sino que se penetran recíprocamente y se fecundan y que están asociadas entre sí del modo más íntimo por millares de relaciones de naturaleza moral, económica y cultural. La unidad a que aspiramos es una unidad de cultura, es decir una unidad que halla su más firme fundamento en la variedad. Una unidad fundada en la libertad y que rechaza fundamentalmente toda mecanización de las relaciones recíprocas de los hombres.

Por este motivo rechazamos también todo particularismo y todo separatismo, tras los cuales sólo se ocultan también ciertos intereses particulares. El llamado movimiento separatista, que se extiende actualmente por Renania, no es más que un instrumento de la política imperialista de la Francia capitalista. El "nacionalismo renano" es sólo un medio en manos del Comité des Forges y de la gran industria francesa, lo mismo que el fascismo alemán no es más que un medio para determinados fines de los junkers alemanes y de los grandes industriales. Fede de haber entre sus partidarios elementos idealistas — lo que no podría negarse en absoluto tampoco al fascismo — pero esto no modifica en lo más mínimo el hecho de que tenemos aquí una ideología tras la que en último resultado sólo se ocultan los intereses de determinados grupos capitalistas.

Los anarquistas han presentado siempre el punto de vista de que todo pueblo tiene el derecho a formar su vida cultural y social según la propia naturaleza, como miembro independiente de la gran comunidad. En los escritos de Bakunin y de Kropotkin esta concepción halló una expresión bastante clara; pero nosotros somos de opinión que necesita un imper-

tante complemento. No se trata sólo aquí de un problema puramente político o ético-social, sino al mismo tiempo de determinadas condiciones económicas que sólo pueden crear la independencia cultural y política de los pueblos y de los grupos de pueblos."

Léase con detenimiento lo transcrito. Por ello se ve que, en principio, el camarada Rocker es partidario de la libre resolución de la comuna, de la región o del pueblo. Pero es también enemigo de todo separatismo, condenando, sin atenuantes, el movimiento escisionista de la Renania, lo que resulta un tanto contradictorio. Recuerda también que los anarquistas siempre defendieron el punto de vista de que los pueblos tienen derecho a determinar su propia vida, pero cree que es pensamiento, expuesto por Bakunin y Kropotkin, necesita un complemento. Rocker no lo señala, pero, trasciendo de sus líneas al declarar, más abajo, que un pueblo no es dueño de monopolizar, para sí, la riqueza de su subsuelo condenando a los demás a dependencia económica.

Al escribir el artículo "El nacionalismo y la reacción moderna", creo que el camarada Rocker lo hizo con el único propósito de condenar el movimiento separatista de la Renania. Es evidente que el móvil que lo inspiró fue la cuestión del Palatinado cuyas maniobras del capitalismo francés denuncia nuestro camarada.

Demos por seguro que no exista, en la Renania, el movimiento separatista y que todo ello sea una maniobra del Comité des Forges para monopolizar la riqueza que se encuentra en el subsuelo de aquella región. Pero ¿es acaso más digno que ella sea monopolizada por la trustificación Stinnes y Cia? El camarada Rocker dirá, indudablemente, que no. Y no obstante algunos monopolizadores, franceses o alemanes, o todos juntos a la vez, deben explotar aquel suelo. ¿Qué importancia puede tener, pues, para un anarquista, la nacionalidad de los monopolizadores?

Pero el camarada Rocker concede que haya, en el movimiento separatista renano, algunos idealistas. Tal vez estos sean más numerosos que lo que él supone. Pues difícilmente se crearía un movimiento separatista por la sola voluntad de un Comité des Forges si en la Renania no hubiera la levadura suficiente para una manifestación así.

Todos los enemigos de los movimientos escisionistas, que dieron por consecuencia la libertad de tantos pueblos que hasta ayer vivieron dominados por los poderes centralizadores de Rusia, Alemania y Austria, dijeron siempre lo mismo. Atribuyeron a maniobras de las naciones vecinas o a ilusiones de cuatro idealistas los movimientos separatistas que se producen en su interior.

No creo hacer, al camarada Rocker, la ofensa moral de creerlo opuesto, deliberadamente, a cualquier desmembramiento de la Alemania actual. Aquel pueblo ha sufrido mucho, ultimamente, por su excesiva docilidad a la política hegemónica de Prusia. Pero es evidente que el núcleo dominador, que impuso su voluntad al pueblo germano, echó raíces en el corazón de la mayoría de los alemanes.

Para completar mis ideas sobre este punto repetiré aquí un pequeño fragmento de lo que dije en el número 37 de este SUPLEMENTO a propósito del federalismo militante. Dice así:

"El federalismo tal como lo entienden muchos de nuestros camaradas es un concepto de naturaleza exclusivamente económica. El debe tener su aplicación en los dominios de la productibilidad y nada más.

Con esta limitación del concepto federalista se ha creado una mentalidad que acepta el hecho de la organización económica sobre una base federal en las organizaciones del trabajo sin hacer extensivo este criterio a la zona moral, al ferreo de las autodeterminaciones de un núcleo cualquiera de habitantes, creando organización al margen de las grandes concentraciones obreras o nacionales una vez triunfante una revolución.

Hasta el desmembramiento de un país no se considera un ideal muy deseable para muchos revolucionarios. ¿Cuántos camaradas españoles habrán, — pongamos por caso — que no verían con buenos ojos la desaparición histórica de España como cuerpo de nación y reorganizada a

base de las regiones que constituyeran tipos etnológicos inconfundibles tales como castellanos, vascos, gallegos, catalanes, etc.?"

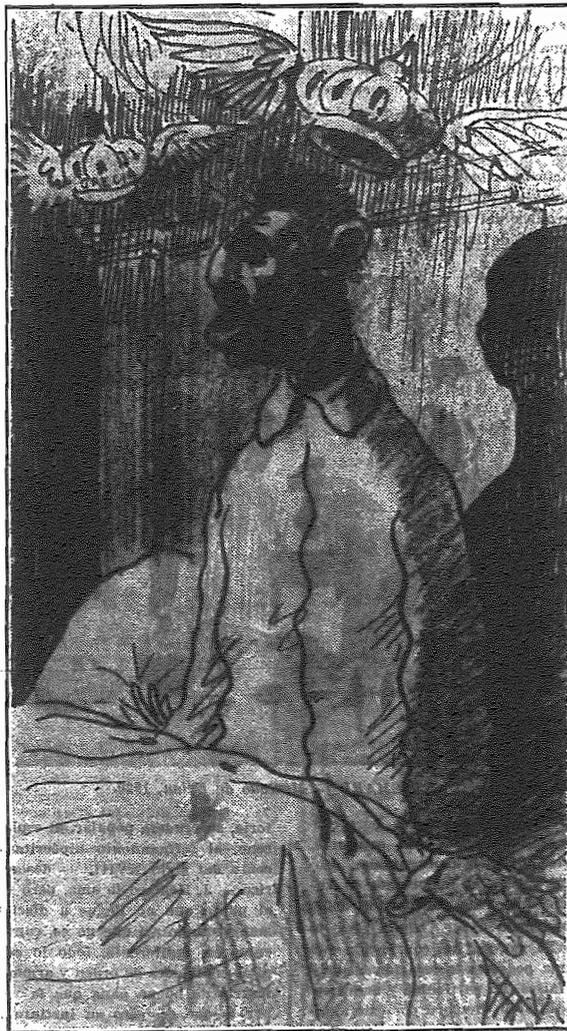
Y en Alemania ¿se resignarían los revolucionarios a un desmembramiento igual? ¿a una reorganización libertaria tomando por punto y fin de partida las viejas agrupaciones históricas que constituyen los llamados Estados de Baviera, Baden, Renania, Westfalia, Hannover, etcétera?"

En cambio es muy posible que esos camaradas aludidos vieran con buenos ojos una desmembración del actual imperio alemán y una reorganización, libre e independiente, de todos los dominios como así sus antiguos núcleos que dieron base al imperio — Inglaterra, Escocia, Irlanda — cosa que tal vez no sería del agrado de muchos revolucionarios británicos.

Así son las cosas y esto es lo que nos ha enseñado la última guerra en donde vimos cohonestar el concepto de nacionalidad, en su sentido histórico, con las reivindicaciones libertarias de tantos revolucionarios que no habían llegado todavía a un estado de indiferencia ante la suerte histórica que pudo correr el área geográfica de la región en donde nacieron accidentalmente."

*Enrique etido*

**Pesadilla—**



**—REDIOS! como vuelan!**

**La revolución no es una cuestión de clase**

El examen y la consideración de ciertas actitudes demagógicas, como la que implica la palabra de orden de los bolchevistas sobre la unidad del proletariado, nos ha puesto a los anarquistas de nuevo frente a una cuestión nada fácil de resolver; la idea de las clases y de la lucha de clases. A este problema no hemos dado ninguna solución teórica fundamental; lo único que hemos hecho fue poner en duda la concepción marxista, criticar sus bases y preparar el terreno tal vez para que alguno de los nuestros se ocupe algún día con detenimiento de ese asunto desde el punto de vista libertario.

Pese a nuestra divergencia natural con la doctrina marxista, muchas de nuestras ideas corrientes proceden directamente de Marx, al cual, si bien podemos negarle ciertas cualidades morales básicas y atribuirle ambiciones autoritarias desmesuradas, no podemos regatearle el mérito de haber creado un sistema social a la alemana, es decir cuidadosamente elaborado, con una respuesta para cada pregunta y con una teoría para cada actitud. Los primeros anarquistas aceptaban las doctrinas económicas de Marx y las propagaban mucho antes de que aparecieran los marxistas mismos, pero como Malatesta dijo, si no nos equi-

vocamos, era debido a que no les quedaba tiempo para tratar por sí esas cuestiones; al correr de los años, el marxismo en su faz política fue absolutamente extirpado del ambiente anarquista, pero quedan sin embargo vestigios en las afirmaciones económicas y si se puede traslucir con ellas mientras la realidad no nos demanda posiciones definidas y claras o respuestas concretas, llega el momento en que advertimos las contradicciones y sentimos la necesidad de atenernos a nuestras propias ideas y de subordinarlo todo a la concepción libertaria de la revolución y de la vida social.

La idea de clase, según nuestra opinión, contradice los principios sostenidos por el anarquismo. Nos parece ver en ella el último refugio del autoritarismo; la última carta de los partidarios del Estado; nos vanagloriamos en el movimiento obrero de haber rechazado la influencia de los partidos políticos, pero mientras esgrimimos y fomentamos la idea de clase, preparamos el terreno a una nueva dominación. El sindicalismo ha servido para esta a las mil maravillas. Los sindicalistas, aun los que pretenden ser libertarios, ven el mundo a través del prisma unilateral que refleja a una clase frente a otra; se han creado una idea fija de explotadores y explotados, de capitalistas y de asalariados, y en lugar de confirmar con el examen de la vida real el contenido de esa afirmación, la homogeneidad de intereses y de ideas de cada "clase", hacen la operación contraria, hacen abstracción de todo lo que puede poner esa idea en tela de juicio o no se cuida siquiera de examinar la realidad. Si cada uno de nosotros, si cada uno de los que militan y ocupan su puesto en la lucha social revolucionaria se pregunta por qué obra de ese modo y no de otro, no responderá como miembro de una clase social, sino como partidario de una idea. Cuando entablamos una acción contra los capitalistas o contra el Estado, más lo hacemos movidos por las concepciones de justicia, de igualdad y de libertad que como miembros de una clase económica. La miseria individual o colectiva puede estimularnos a la rebelión, a la consideración de los males actuales, a la investigación de un remedio, pero no lo hacemos como zapateros o como sastres, sino como hombres. Los reformistas corporativistas y también los marxistas han hecho todo lo posible porque los trabajadores pensaran de acuerdo al oficio que ejercen y no de acuerdo a su humanidad.

Además la vida diaria nos ofrece un espectáculo que es todo lo contrario de la lucha de los explotados contra los explotadores; la lucha que observamos es la de explotados contra los explotados mismos; muy raras veces recurren los privilegiados a la acción directa; por lo general se sirven de la ignorancia, de la miseria, del soborno, etc. para defender sus posiciones; ponen a un explotado frente al otro. Los sindicalistas dicen: "Todos los trabajadores, todos los asalariados deben unirse para la lucha común contra el enemigo común, el capitalista! Los intereses de todos los trabajadores son los mismos, todos los trabajadores son hermanos!" Nosotros dudamos que el interés del huelguista y del obrero, el interés del asalariado zapatero y el del asalariado gendarme, el interés del obrero revolucionario y el del obrero cristiano sean los mismos; lejos de constatar la existencia de líneas generales de lucha común entre los asalariados observamos la más extrema división y los anarquistas no deberíamos combatir esa división; que será todo lo artificial e inconsciente que se quiera, en nombre de supuestos intereses comunes de clase, sino en nombre de los intereses humanos; no deberíamos repetir como los sindicalistas: "Todos los trabajadores son hermanos!" pues en la idea de clase está la idea de dominación de clases implícitamente contenida. Es cierto, los combatientes de la revolución social pertenecen, pertenecieron y pertenecerán casi exclusivamente a las mismas categorías,

es muy comprensible que la parte rebelde de la sociedad sea la que sufre; y es también comprensible que sea la parte de la sociedad que sufre la explotación y la dominación la que aspire, la que sea capaz de aspirar, a la supresión de esos males fundamentales para todos. Esto no autoriza a proclamar que la revolución es una cuestión de clase, que es la solución de los problemas de la vida social según los puntos de vista de una parte de la sociedad que piensa con el exclusivismo consiguiente y no como fracción de la humanidad. Hasta aquí la historia nos ha dado bastantes ejemplos de ese exclusivismo de raza, de casta, de dinastía, de partido. El anarquismo sufriría la mayor derrota si estimulara a los hombres a pensar como mecánicos o zapateros o como asalariados o negros y no como hombres; por encima del oficio, de la raza, del color, está la humanidad.

Se ha descuidado mucho la apreciación del valor de las ideas en la vida social; sin embargo los hombres están separados o unidos más por las ideas, o por falta de ideas, que por la nacionalidad, el oficio o el color. La pretensión de los sindicalistas, apoyada por algunos anarquistas, de medir a los hombres por el trabajo que realizan y no por lo que piensan, nos ha parecido siempre uno de los grandes absurdos. Si el sindicato tiene una misión más elevada que la de mantener un secretario rentado, si tiene un propósito de lucha por un medio social más equitativo, al moverse constatará conflictos sin fin y tendrá que reconocer que aun entre los obreros de un mismo oficio las ideas determinan la conducta divergente de los individuos; el cristiano considera un crimen la rebelión, porque su objeto es conquistar un puesto en el cielo y no en la tierra; el marxista querrá ahorrarse los malos ratos de un choque con los asalariados policiales o con los soldados del ejército y preferirá confiar la misión de defender sus intereses a un representante parlamentario. Los anarquistas no podrán ni transigir con la resignación cristiana ni con la pancea marxista. Vemos pues que la armonía de los obreros de un gremio cuando no persiste más allá del momento en que se quiere hacer más que pagar las cotizaciones y mantener el secretario rentado.

Los sindicalistas dicen también que los obreros deben unirse sobre la base de los intereses de clase; no sabemos qué clase de intereses podrán ser esos, pero no es tan fácil como algunos se imaginan definir lo que es una clase. Lo cierto es que no conocemos intereses que no estén al mismo tiempo asociados a ideas respectivas, y no se puede hablar de intereses sin tener en cuenta las ideas que suscitan o que los promueven. Es muy posible que en algunos individuos la idea de justicia nazca del interés por lo justo, pero es también verdad que el interés por lo justo puede nacer de la idea de justicia. Es decir, la libertad, por ejemplo, puede nacer del interés por una vida libre, pero puede ser anterior e independiente también de este interés. No amamos el bien solo cuando está unido a un interés, lo amamos aunque nos perjudique en nuestros intereses.

No hemos creído nunca en la lógica de las asociaciones revolucionarias basadas en los intereses, y no hemos podido concebir que se haga abstracción de las ideas, sin las cuales toda asociación es artificiosa.

La idea de clase excluye naturalmente la acción de las ideas en la vida de las colectividades; la idea de clase trae de la mano el determinismo histórico, el fatalismo marxista; es inseparable de estos sofismas. Y si nos convencemos de que la clase obrera no está llamada fatalmente ni a substituir a la clase burguesa ni a moverse en ningún sentido, tendremos que poner en el movimiento social un nuevo factor: la voluntad humana, y si aceptamos la voluntad humana en el movimiento social, no podremos afirmar que la revolución sea un asunto exclusivo de tal o cual clase, porque no comprobaremos la existencia de esa voluntad como privilegio único de un partido, de fracción. La revolución no es una cuestión de clase, como no es cuestión del sindicato de albañiles o del de panaderos. En los siglos pasados se creía en la existencia de pueblos-Mesías; los

sindicalistas nos han difundido la leyenda de clases-Mesías. Veamos los anarquistas las cosas desde un punto de vista más amplio y afirmamos que, *convencidos firmemente de que la revolución será realizada de una manera casi exclusiva por los trabajadores revolucionarios, la revolución que ha de llevar por divisa, la libertad y la igualdad, no puede ser hecha en nombre de una clase, sino en nombre de la humanidad.*

Con la misma razón que protestamos cuando los bolchevistas o los socialdemócratas nos dicen que la revolución es una cosa de partido, del partido propio, protestamos también contra los sindicalistas que dicen que es una cuestión de clase, y protestamos por las mismas razones.

Hemos visto que la dictadura del proletariado resultó en última instancia la dictadura de Lenin. Si la experiencia sindicalista se hiciera algún día, veríamos que la idea de clase se limitaría a los obreros asociados; más aún: a las comisiones ejecutivas; aún más: a los más hábiles y a los más astutos de esas comisiones ejecutivas. Y así como hubiera podido decir Lenin: "La dictadura del proletariado soy yo!" veríamos a al-

gún sindicalista decir: "La clase soy yo!"

En 1908 tuvo lugar en las columnas de LA PROTESTA una polémica interesante sobre esta cuestión de las clases; los principales protagonistas fueron, L. G. Gillmón, uno de los cerebros más sólidos que hayan pasado por la redacción del viejo cotidiano anarquista, y Antonio Loredo, entonces redactor de "Acción Obrera" de Montevideo; sería interesante volver a leer los argumentos de esa polémica; Gillmón expuso en esa ocasión ideas que hemos vuelto a ver en LA PROTESTA una decena de años más tarde y que merecían todavía amplia discusión. La idea de clases no puede satisfacer a los anarquistas y nosotros quisieramos solamente atraer la atención de los camaradas sobre ella: si nos falta un Marx que la examine desde el punto de vista libertario, bien pudiera substituir el esfuerzo común la ausencia de un teorizador individual.

*D. Abad de Santillán*

## Joseph Hemard

¿Hemard un humorista? Auténtico. Más aun, un artista. Y cuantos humoristas son artistas? La obra de J. Hemard es el notable testimonio del esfuerzo tenaz e inteligente hacia una forma del humor cada vez más simple, más original y más completo. Es también profundamente de nuestra raza, sin alteración alguna. Quiero decir una raza que se reconoce sobre todo en una ironía sin amargura y en la risa que hacen su fuerza y su salud.

J. Hemard — en uno de sus *Treinta cuadros de la Historia de Francia* — nos participaba este descubrimiento: Tuvo un antepasado quien en el año 886 según la cronica del monge Abon, defendió la entrada de París contra los Nor-

plia risa y la vida le suministra múltiples elementos para su alegría: imperfecciones, defectos, manías vicios, contradicciones de los hombres, constituyen para él un maravilloso espectáculo del cual ningún detalle podría escapar a su indulgente ironía y a su implacable observación.

Revela igualmente su benevolencia respecto a esa filosofía que solo es el desarrollo de cierto optimismo naturalista que va de Jean a Voltaire, pasando por Rabelais y Moliere. Exigencias del temperamento, espíritu guasón, bufón, pintoresco, mezcla de pasiones y de apetitos, balumba de ideas, humor desenfrenado, todo lo que cabe en la risa enorme de la Edad Media y opone, en la his-



J. HEMARD — Mercado de Evian, 1920.

mandos, con esos compañeros, pero confiesa tener preferencia por este otro, quien, rico burgués bourguignon, ocupando una situación importante en Dijon, llevaba una vida por partida doble y fué condenado a ser "bouilli" por el rey Luis XI, porque fué convencido que dirigía una poderosa asociación de monederos falsos. La particular y manifiesta simpatía de J. Hemard por este antepasado, nos ilumina singularmente sobre el espíritu de su obra. Todo el humor se descubre allí. J. Hemard ríe de su pro-

torio, su crudeza popular, al espíritu obscuro, al refinamiento hipócrita e indecente del siglo XVIII — desorden tan rico — J. Hemard lo ama, pero no hasta el punto que no llegue a disciplinarlo, manifestando así que no es, como los de entonces, indiferente, todo lo contrario, a las cualidades de orden y armonía. Profesaría de buena gana que la vida vale por lo que es, pero su instinto nutrido en las raíces de nuestra raza, no domina de ninguna manera su espíritu, que no olvida lo que debe a siglos de razón;

de orden y de medida. Y si hubiese frecuentado la POMME DE PIN tanto como el hotel de la GROSSE MARGOT donde Villon dominaba entre bellacos, truhanes, jugadores, égrigos libertinos, pordioeros de toda clase sería porque hubiera reconocido en tal espectáculo el desenvolvimiento supremo, en toda libertad del ser "físico y moral".

Por lo tanto, si Hemard acusa hoy una personalidad tan aguda y tan rica, tanto por la calidad decorativa de sus composiciones como por el temperamento espiritual que ilustra, y donde se despiegan con tanto sabor el colorido y el original, las etapas del talento de J. Hemard hacia la perfección están marcadas por una noble y sana voluntad.

En la escuela de la Rue des Arts, en Levallois-Perret, se tenía el hábito como en muchas escuelas de transportar a un cuaderno de honor las composiciones de los alumnos calificados como primeros en una asignatura cualquiera.

También se puede hallar en uno de esos cuadernos que datan del año 1891 o 1892, dos soberbias páginas de insectos soberbiamente dibujados por el alumno Hemard. Aplicaciones y conciencia significativas que debían llevar al joven artista, hasta el punto de convertirse en fotógrafo como su padre, en 1895, a copiar primero dócilmente la naturaleza, a penetrarse de la arquitectura precisa de los animales y de las plantas, a separar sus detalles curiosos, sus formas siempre sorprendentes. J. Hemard también llegó a debutar en el dibujo de decoración para papel pintado.

Los mediocres y dóciles trabajos que llevó a cabo circunscribiéndolo en una disciplina exclusiva, le enseñaron quizás a amar la composición, a gozar de un detalle sin separarlo del conjunto, en suma a tener el sentimiento y el gusto de la unidad. Característica útil que le impulsó más tarde a buscar motivos decorativos. Sin embargo el espectáculo de la vida le apasionaba. Descubría en ella la amargura, la locura, el instante, lo encantador y lo pintoresco. Se preocupaba ya en fijar estos aspectos de la vida en croquis. La calle, rica en tipos, le suministraba abundante material. El dibujo no era entonces dócil y el rasgo no se sometía con facilidad a la expresión buscada. J. Hemard comprendió. Y cuando fué necesario, en 1901, por razones de salud, abandonar el taller, se puso a dibujar testarudamente todo lo que encontraba, encarnizándose por hallar el detalle que no le permitía seguir adelante, intentando ya, pero con prudencia, una interpretación de la naturaleza. Se dedicó entonces, regularmente, al dibujo periodístico, el que ya había ensayado como amateur. *Le Petit Meuble* y *Le Rivre* y otros lo habían acogido bien. En lo sucesivo no debía ya moderar su esfuerzo.

Desearo de convertirse, absolutamente, en maestro de todos los elementos que concurren a la expresión general de la imagen, severo consigo mismo, observador que continuamente descubre, se aplica en encontrar las cosas a fin de que no tengan secretos para él. Discípulo. Sabe que mañana a su vez dominará esta materia a la que hoy todavía está supeditado. Dos fueros chocan. La voluntad de J. Hemard vencerá. Recorre las gradas de Bretagne, abarca todo, los árboles, las vetustas mansiones, los cielos y también los animales y los hombres.

La retiene sobre todo en ese momento el paisaje. Siempre la misma disciplina. El personaje vendrá a animar por último un cuadro digno de él.

y sobre todo que no dejará de participar como él mismo en la unidad de la composición. Allí está la meta. Entonces, a la silueta, a lo pintoresco primeramente buscados se agrega la expresión, el carácter. El humour se liberta allí. El rasgo no se detiene más en el contorno exacto, manifiesta el espíritu, estiliza la forma. El color que cubría lisa y llanamente los espacios vacíos, se selecciona, se coloca donde es necesario, y solamente donde es necesario. Entre una colaboración abundante en los diarios y revistas, dibujos animados y afiches para el cinema, envíos a los independientes y los Humoristas, J. Hemard recorre Holanda, Bélgica, la Isla de Francia.

cena, y tan es así que muchas veces se pregunta en dónde está el verdadero espectáculo. Suministra de esta manera a la *Comedia Ilustré* comentarios maliciosos y encantadores de las piezas clásicas o contemporáneas. M. J. Rouché, entonces director del teatro de las Artes, donde intentaba la renovación de la decoración teatral invocando la colaboración de artistas como Maxime Dethomas, Dréssa, René Piot, solicita a Hemard que componga decoraciones y costumbres para *Mesdames de la Halle* de Offenbach y una escena de la revista *Mil neuf cent onze* de Müller y Gignoux.

LEON MOUSSINAC

(1) Editado por "Le Sourire".  
(Conclairé)



J. HEMARD — En el campo de Gustrav (Alemania).

Recoge una considerable cantidad de notas en las que se inspirará sin cesar. De esta manera llega a imaginar composiciones completas en las cuales todo debe converger a la expresión del tema. Su inspiración imaginativa se pliega, sin perder nada de su sabor, a las necesidades decorativas. Y Hemard se desembaraza de todo elemento un poco arriesgado. Ha encontrado lo que buscaba, y lo prueba notablemente en sus *Treinta Cuadros de la Historia de Francia* (1911) (1) que constituyen la primera afirmación completa de su talento. Y Hemard acepta la abundancia y la sonrisa, pero de ella solo toma lo que le es placentero; y su inspiración permaneciendo esencialmente popular conserva un aleteo de elevada verdad.

No hay una sola manifestación de la vida contemporánea que no atraiga su atención y si reconstituye el pasado lo hace a través de la eterna humanidad de los sentimientos y de los instintos. Frecuenta de buena gana el teatro cuya sala le interesa tanto como la es-

### Empleado modelo

Serafin Carnérez era un empleado modelo y un hombre cortés. Al saludar se quitaba el sombrero hasta la cintura, se inclinaba formando un ángulo de 90 grados, 15 minutos y 17 segundos, más o menos, y se sonreía.

Nos veíamos a diario casi todas las mañanas, a la hora en que él, puntualmente, infaltablemente, iba a su empleo.

—Muy buenos días, señor Alvaro Yunque! — me decía sombrero en mano, curvo y sonriente.

Yo no podía menos que inclinarme, sonreírme y, limpiando mis botines con el ala de mi chambergo, responderle:

—¡Señor Serafin Carnérez, muy buenos días!

Cierta vez tuve ocasión de exponerle mis ideas antidiplomáticas y mi menosprecio por la cortesía; fué en vano. Serafin Carnérez no aminoró por eso la curvatura de su busto, al saludarme, ni la longitud de su sonrisa, ni la caída de su sombrero.

Ví que igualmente saludaba al médico, nuestro vecino; y aquello me halagó. Aquel empleado, entonces, valoraba a un

literato lo que a un médico; opiné bastante satisfactoriamente acerca de su intelectualidad. Pero otra vez ví que de igual modo saludaba al almacenero de la esquina; y aquello me desagradó. No opiné tan satisfactoriamente acerca de sus méritos intelectuales... Aunque continué en mis saludos urbanos, más por costumbre que por cordialidad. Al fin "el hombre era un animal de costumbres", según el refrán, "de malas costumbres", según ha agregado un pensador.

Y hete que el cortés y modelo de empleados, Serafin Carnérez, quedó muerto de una apoplejía fulminante. Al vecino que me comunicó la noticia con aire consternado:

—¿Sabe quién ha muerto? — Serafin Carnérez!

—¿Carnérez? — dije, — pobre Carnérez! (En aquel momento no reparaba en la vulgaridad de mi frase, ahora sí reparo, y la desearía borrar; más mi deseo de ser veraz me obliga a reproducirla. Voy a narrar una historia tan milagrosa, un hecho tan inaudito, que si el lector no cree en mi absoluta seriedad, puede hasta suponer que imagino, que fantaseo. Cosa que no quisiera).

—¡Pobre Carnérez! — dije al tiempo que pensaba, casi con júbilo: — Ya no te tendré que saludar más. ¡Pobre Carnérez! — repetí, ah, pero ya sin júbilo, porque pensaba entonces: Voy a tener que ir al velorio.

Y fuí al velorio! El velorio — velación en castellano académico — estaba concurrenciosísimo. Con un hombre tan cortés como Serafin Carnérez no se podía ser descortés, ni aún después de muerto.

Me arrinconé en un sillón y me puse a escuchar:

Decía un viejo: —¿Qué empleado pierdes de la casa!

—¿Qué empleado modelo! — aseguró otro.

Y una voz que salía de un bulto perdido entre las sombras musitó:

—¡Oh!

—¡Es cierto!

—Era de una rectitud extrema. Aseguraron varios circunstantes. Yo necesitaba hacer algo: me soné la nariz.

Repetió la voz desde las sombras: —¡Y a veces, hasta los domingos iba, hasta los domingos!

—¡Oh!

—¡Era un gran trabajador!

—Era un bravo, un trabajador incansable! Salmodiaron algunos. Yo seguía sintiendo la necesidad de hacer algo, cualquier cosa, cualquier cosa que me impidiese hablar: Me como un medio de la uña del pulgar derecho.

—Se puede decir...

La voz desde las sombras, iba seguramente a continuar la apoplejía del empleado modelo; mas se detuvo en vilo. En las caras de los circunstantes noté que algo pesaba. Miré hacia donde miraban todos: la puerta; y ví en ella parado a un hombre gordo, calvo, de aspecto vulgar. Oí que algunos murmuraban:

¡El patrón! ¡el patrón! ¡el patrón! ¡el patrón!

—Es el patrón de la casa en donde estaba empleado Serafin Carnérez.

Sentí la imperiosa necesidad de hacer algo con mis dos manos; y con ambas me rasqué la cabeza.

Todos miraban expectantes. Allí iba a ocurrir algo.

El patrón — amo, en español auténtico — lentamente, con la prosopopeya del que se sabe observado, adelantábase hacia el ataúd en el que Serafin Carnérez, el empleado modelo, el hombre cortés, se hallaba tumbado de espaldas y haciendo como que miraba al techo. (Haciendo como que miraba, porque tenía los ojos cerrados).

El patrón ya estaba junto al ataúd. Y entonces ocurrió algo inaudito, sentí entonces un asombro inaudito. Me sentía; ¡yo, el ateo!; ¡yo, el negador de lo sobrenatural!; ¡yo, el lógico!; me sentía en pleno milagro:

¿Carnérez se erguía en la caja, calavérico y frío? ¿Carnérez decía a su amo con la cavernosa voz que a un muerto corresponde: "Disculpe, señor, que no haya ido al empleo hoy; pero ya lo ve usted, señor, me he muerto?..."

—¡No!

Carnérez, el modelo de empleados no hizo eso; y descoratamente, quedose allí, ¡muy cómodo, tumbado de espaldas ante su patrono, que lo contemplaba de pie...

¡Y esto fué lo que me llenó de inaudito asombro!

Alvaro Yunque

## Un sueño de Sócrates

Al atardecer, el rico Echeocrates había llamado con misterio al joven Sócrates. Después de una larga conversación imprecisa le había entregado el libro de Anaxágoras, diciendo:

—Oculta este rollo precioso bajo tu mando y guárdalo en recuerdo de un amigo.

El joven poeta había enrojado de placer, la idea de que semejante tesoro le pertenecía. Sin embargo su malicia se animaba, interiormente, a expensas del rico y avaro Echeocrates. No regalaba el volumen para causar una alegría a otro, sino para apartar un peligro. Tres veces, había hecho prometer tres veces que si la obra fuese descubierta, el nuevo propietario no diría a nadie de donde venía el papiro impío.

Bajo su manto, Sócrates sentía el rollo royéndole el seno como una bestia capturada o como un deseo de amor. Corría hacia su demora, feliz por una clara noche de lectura y de filosofía. ¡Ay! entró en su lámpara vacía. Le quedaban algunas piezas menudas de plata, tres óbolos, un dióbolo, dos medios óbolos, en total un dracma. Pero no podía comprar aceite a esa hora tardía: los negociantes duermen detrás de sus puertas cerradas, o se distraen lejos de sus casas detrás de las puertas cerradas de las cortesanías. Por otra parte, destinaba su pequeñas fortunas a otra alegría.

Su estrechamiento hacia la luz esperada, le permitió poco sueño. El día no era aún sino una palidez de promesa y ya el joven Sócrates intentaba leer.

Descuidó el ir a la cantera del Partenón, donde lo esperaba un bloque para

desbastar y, después de ese trabajo un salario suficiente a sus mediocres necesidades de varios días.

En la dicha intensa de la lectura había consumido la mañana.

Después había gastado su dracma para oír al gran artista Prodicos de Ceos.

Así, se había embriagado, un mismo día, con dos alegrías raras. Se recogía aún, puesto que, habiéndose abstenido de todo alimento, su espíritu le parecía una luz más pura.

Pero era ya demasiado sabio para prolongar el ayuno más tiempo. Mañana iría a la cantera, haría su tarea atrasada, cobraría su salario. Después, de nuevo, lejos de las labores serviles, se daría sobrios alimentos, pan, higos, aceitunas y algunos días de libre lectura y de libre meditación.

Tendido en su cama, agitada en él las palabras de Anaxágoras concernientes al Espíritu ordenador del Cosmos, las palabras de Prodicos referentes a las bellas leyes que la naturaleza ha puesto en nosotros y que contradicen las leyes arbitrarias de la Ciudad. Pero ya daba a las cosas de las cuales hablaba. Prodicos nombres nuevos: su desprecio llamaba "leyes escritas" a las ordenes tiránicas; su respeto y su amor llamaban "leyes no escritas" a las leyes vivientes en los vivos.

Esta vez también tardó en dormirse. Cuando al fin, el sueño lo envolvió, fué visitado por un sueño:

El Espíritu se le apareció, no bello como un Dios de Homero o de Fidias, si-

no como una irradiante luz. Sus rayos penetraban gradualmente y pronto hasta los últimos confines, no se sabe qué caos tenebroso. Un niño que llora, cesa lágrimas y gritos cuando su madre acorriéndole le sonríe y lo mece. Tal, el caos sentía las rientes, las mecedoras, las victoriosas caricias de luz aclarar su confusión, multiplicar las formas y las armonías. Se transformaba todo entero, forma él mismo, y armonía, y Cosmos. El Espíritu irradiaba gloria y dicha, vasto obreiro que ha realizado una inmensa obra. Y Sócrates era una conciencia feliz de la dicha y de la belleza universal.

Pero sintió su felicidad desprenderse en cierto modo de él y alejarse riendo. Entró sus ojos y el Cosmos luminoso, se levantaban, extrañas, las palabras de los dísticos referentes a la oposición entre las leyes de la Ciudad y las leyes de la Naturaleza. Ellas elevan una sombra vaga e inconsistente, que un soplo de voluntad o de luz, van, parecería, a dispersar para siempre. Pero no. La sombra se agranda, se espesa, tomando la apariencia de un hombre cada vez más gigantesco, anegando al fin toda cosa de desorden y de noche. El durmiente se preguntaba cómo el hombre pudo apartarse de la naturaleza, qué fuerza más grande que las leyes no escritas le habían hecho inventar las crueles y ridículas leyes escritas.

Anaxágoras, mostrándose a sus ojos, explica:

—El Espíritu ha ordenado el caos de las cosas; ha dejado al hombre el cuidado y la gloria de hacer él mismo un Cosmos con su propio caos.

—El hombre no forma parte entonces de la naturaleza? Se asombra Sócrates.

Pero Anaxágoras había desaparecido y ninguna respuesta venía de ninguna parte.

Mientras tanto el sueño transporta al durmiente a un bosque donde las fieras devoran a las bestias débiles. Con el gran grito silencioso de las pesadillas Socrátes grita: su angustia:

—Oh, Anaxágoras, el espíritu vive en la bestia de presa o muere en la presa?

En una espesura apartada, un viejo lobo tullido se moría de hambre. Y el joven filósofo no sabía si envolvía con mayor piedad dolorosa a ese muriente, o de más piedad dichosa a las víctimas salvadas por su muerte. En un arbutus, una tela tendida no aprisionaba ya a la araña en acecho, pues la estación que concluía era pobre en insectos. Seca y gris como una guerra, la araña agonizaba entre los cadáveres vacíos de los moscones.

—Espíritu, Espíritu! ¿has verdaderamente ordenado el Caos? ¿Llamaré Cosmos a la batalla universal y confusa donde todos deben morir después de haber estado? Espíritu, Espíritu, me temo que tú no seas el vencedor, no el vencedor, del caos eterno!

Pero he aquí: La araña recuperó alguna fuerza y los moscones, resucitados, volaron zumbando. Sin embargo el viejo lobo aullaba con una dulzura espantosa y las bestias temerosas hacían oír gritos exigentes.

Cada viviente declaraba:

—El Espíritu está en mí. Yo protejo al Espíritu cuando protejo mi vida. Para nutrir al Espíritu sacrifico otras vidas a mis necesidades.

Después, venida de quién sabe dónde, la voz del sueño proclama:

—No hay, oh Sócrates, un Espíritu único que lucha contra un solo caos y ordena un solo Cosmos. Existen miríadas de miríadas de miríadas de espíritus. Cada viviente — y es posible que nada exista que no sea viviente — es todo el espíritu, caos y cosmos. La lucha de todos esos caos, si puedes verla, si quieres, como un caos y una confusión eterna. Si lo prefieres, si puedes inventar una dirección a ese movimiento absurdo y ver un Cosmos en la vaga conspiración y en la ondulante disposición de todos esos caos, las leyes escritas dicen juntamente al caos humano y ciertos efectos cósmicos por multiplicar los aspectos: ellas tienden a dividir definitivamente a los hombres en presas y bestias de presa, en esclavos y dueños, en mansos devorados y en pastores devorantes. Pero las leyes no escritas, me atrevo a decirlo, que sólo tu entendimiento, tu luz meditada, tu belleza voluntaria las hacen vivir. Oh, Só-

crates, tú has sido, eres aún como los otros vivientes, espíritu y dolor, aspiración y combate, pesadez e impulso, como los otros hombres bestia y Dios. Aplícate a divinizarte enteramente, con el fin de que haya en el mundo un Dios verdadero y puro. Transfórmate todo en una conciencia, si quieres que brille en alguna parte una conciencia clara. En la Naturaleza, caos de innumerables cosmos vagamente comenzados, constantemente deformados y murientes, haz de tí un cosmos firme y sin caos. Después, si esta esperanza te encanta, imagina que tu salud se volverá un día contagiosa como una enfermedad.

HAN RYNER

## Michalet, hombre de corazón

¡Oh Revolución, madre mía, con qué lentitud os acercáis!...

Michalet.

He aquí que se festeja — con mucha sobriedad, por otra parte — el cincuentenario del día en que murió Michalet. Y ya nacen mezuñanas querellas.

Debemos comenzar ante todo, por los que enrostran a Michalet el haber sido un despreciable historiador, y que a lo sumo, le reconocen una cualidad: la de poeta. ¿Sobre qué se basan para formular semejante juicio? ¡Oh, sobre el simple hecho de que Michalet, en su *Historia de Francia*, no ha acumulado, en la parte inferior de cada página, las referencias con las cuales es costumbre corriente abrumar las obras de historia!

¡Qué crimen! Y, sin embargo, Michalet fué un historiador concienzudo. Sobran los testimonios. Pero yo quiero citar su opinión de un hombre competente en la materia, el notable erudito, A. Auzar, quien exclama: "Se imagina a menudo, que Michalet es un historiador afectado — la fantasía: su estilo poético no arrenata nada a la verdad aserada. Cuando escribió la *Historia de la Revolución*, estudió la esencia de la historia de Michalet; no descubrí nada que pudiese hacerme perder la confianza en su sinceridad... Michalet es un historiador escrupuloso y exacto". Esto para los espíritus ásperos de genio o malignos, que sólo imaginan una obra histórica bajo la forma de un amontonamiento de fechas, citas, referencias, secamente repunidas. Michalet, pues, aparece como un fantaseador.

Sin embargo, con más mérito que cualquiera, es historiador. No se ha contentado con inscribir en tomos macizos áridas compilaciones. Quiso resucitar el pasado, quiso despertar los fantasmas de los pasados siglos, quiso crear la vida. Y lo logró. En su *Historia de la Revolución Francesa* no hay una indiferente enumeración de acontecimientos, es todo un pueblo el que se agita y ruga. ¿Y no vale más esto?

En segundo lugar, lo que hace rechinar los dientes a numerosos críticos, es el espíritu de Michalet. Se le acusa de haber sido parcial. M. Luis Madelin pretende: "Ha juzgado a los siglos XV, XVII y XVIII con parcialidad... Su fobia contra Luis XIV es proverbial. Todas estas páginas tan magníficas y soberbias no son más que un panfleto histórico donde resplandecen algunos relámpagos de la verdad... ¿Qué desparpajo!... Que Michalet haya sido parcial, es cierto, jamás intentó defenderse de ello y no tenía por qué hacerlo. Qué se haya indignado por las villanías y los crímenes de la realeza, es cierto, pero, Michalet, hombre de corazón no podía permanecer indiferente ante estos crímenes y estas villanías. ¡No! Un hombre de corazón está obligado a ser parcial cuando se encuentra frente a una mala acción. Y Michalet no podía ser imparcial. Ahora, cuando Madelin lo acusa de no haber escrito otra cosa que un "panfleto histórico donde resplandecen algunos relámpagos de la verdad", es otra cosa. Y la acusación es demasiado puñal para merced a una refutación.

En último análisis, Julio Michalet es, como lo dice M. Auzar, un historiador "exacto". Y, más aún, el historiador que supo hacer amar mejor la historia.

No es menester olvidar que al lado del historiador está el poeta.

De extrema sensibilidad, Michalet vibraba a la menor manifestación de belleza. Todo el mundo conoce las maravillosas páginas que escribió sobre la mujer y el niño y se sabe cómo expresó la poesía de la naturaleza.

Dominaban en él la intuición y la sensación, y resumió, verdaderamente, su estado de alma cuando escribió en "La Mujer": "Tened piedad de la tierra fatigada, la que, sin el amor no tendría razón de existir". Y Michalet ofendía su amor, un amor universal que se extendía de los seres a las cosas...

Si tuviéramos que formular algunos reparos, podríamos, quizás, decir que la parte "naturalista" (si así se le puede calificar) de la obra de Michalet parece haber envejecido. El *Pájaro*, *El Insecto* nos parecen, a menudo, empapados de retórica o de un romanticismo que sólo con dificultad comprendemos hoy día. ¡Pero hay tantas otras cosas en Michalet!

Hay un corazón... Y es tan raro, un verdadero corazón!...

Jorge VIDAL

P. S.— Con motivo de las obras póstumas de Michalet, las polémicas prosiguen. Ha agregado numerosas páginas de su cosecha, Mme. Michalet, fiel colaboradora del escritor, a la obra de su ma-

rido? No se sabe, Remy de Gourmont afirmaba: "Es imposible saber en lo sucesivo quién es el autor de las publicaciones atribuidas a Michalet bajo estos títulos: *Mi Juventud*, *Mi Diario*, *Diario de mis ideas*". De todas maneras y en esto estamos de acuerdo con M. Gabriel Monod (el sabio y fiel discípulo de Michalet) parece que madama Michalet no ha retrocedido ante minucias, ella misma la declaraba:

"Este trabajo de hormiga, reuniendo grano a grano, quiero decir página a página, frase a frase, línea a línea los elementos que podían servir para redactar memorias, lo he realizado en su lugar... He trabajado constantemente sobre notas dispersadas, escritas en épocas muy diversas, luego abandonadas en un centenar de carteras de cartón, sin indicar su empleo... Me fué preciso examinar también, con escrupuloso cuidado, lo que era indispensable conservar para reconstituir el pasado y lo que no servía apartarlo como inútil o alejarlo como inoportuno..." Y Michalet tenía demasiado confianza en ella para que podamos sospechar de su buena fe y de su iniciativa.

De todas maneras, prescindiendo de las cartas que Mme. Michalet ha hecho aparecer, quedan por lo menos siete mil cartas dirigidas a Michalet por sus más ilustres contemporáneos, y ochocientas cartas dirigidas por Michalet a sus correspondientes (Michalet tenía la costumbre de conservar un duplicado de las cartas que enviaba). ¿Cuándo podrá publicarse esta carta que no dejará de ser interesante?

G. V.

## Máximo Gorki

Pocos son los escritores que han afirmado su reputación tan rápidamente como Máximo Gorky. Sus primeros esbozos (1892-1895) fueron publicados en un obscuro diario provincial, del Cáucaso; y quedaron totalmente ignorados del mundo literario. Mas, cuando uno de sus cuentos cortos publicóse en una revista de gran difusión, editada por Korolenko, atrajo la atención general. La belleza de su forma, su perfección artística y la nueva nota de fuerza y de coraje con que vibraba, colocaron inmediatamente al joven escritor a la vanguardia. Se supo que "Máximo Gorky" era el pseudónimo de un joven, A. Peskof, nacido en 1868 en Nigni-Novgorod, una gran ciudad sobre el Volga; que su padre era un comerciante o un operario, su madre una aldeana, muerta después de haber dado a luz al hijo, y que el niño, huérfano a la edad de nueve años, había crecido junto a la familia de unos parientes del padre. La infancia de Gorky (*amarjo*) no fué nada feliz; un día huyó de su casa tomando servicio en un buque del Volga. Ocurrió esto cuando sólo tenía doce años. Más tarde trabajó como panadero, mozo de cordel, vendió miel por las calles, hasta que consiguió un puesto como escribiente en casa de un abogado. En 1891 vivió y vagó, acompañado de vagabundos, por la Rusia meridional, y durante estas peregrinaciones escribió cierto número de cuentos cortos, el primero de los cuales fué publicado en 1892, en un diario del Cáucaso septentrional. Los cuentos eran sumamente hermosos, y cuando, en 1900, apareció una colección de todos los que había publicado hasta entonces, en cuatro pequeños volúmenes, toda la edición, de gran tiraje, fué agotada rápidamente, y el nombre de Gorky ocupó su lugar — por hablar solamente de los novelistas vivos — junto al de Korolenko, al de Tchekof y de León Tolstoi. En la Europa occidental y en América, su fama se formó con la misma rapidez, no bien algunas de sus novelas fueron traducidas al francés y al alemán y del francés y alemán al inglés.

Basta leer algunos de los cuentos cortos de Gorky, por ejemplo: *Malva*, o *Tcheliaché* o *Los Ex-hombres* o *Venidictos* y una, para comprender prontamente la razón de su popularidad. Los hombres y las mujeres que describe no son héroes: son

los vagabundos más comunes, habitantes de los barrios más sucios de la ciudad; y lo que escribió no son novelas, en el verdadero sentido de la palabra, sino simplemente bosquejos de la vida. Y aún, en la literatura de todas las naciones, incluso en los cuentos breves de Guy de Maupassant y de Ernest Haste, se encuentran muy pocas obras que encierren un análisis tan sutil de los contrastables y complicados sentimientos humanos, tan interesante y original y donde los nuevos caracteres son descriptos con tanta maestría y la psicología humana tan admirablemente entretrejida con el fondo de la naturaleza sobre la cual emergen — un mar apacible, amenazantes olas o estepas infinitas, abrasadas por el sol. En el primero de los mencionados cuentos, vosotros veis realmente el promotorio que surge lejos de las olas que ríen, y sobre el cual el pescador ha construido su cabaña; y comprendéis por qué Malva, la muchacha que ama al pescador y lo visita todos los domingos, ame aquel rinconcito de la misma manera que ama al hombre. Y después, en cada página os admiráis de la inesperada variedad de rasgos delicados con los que describía el amor de esta extraña y complicada naturaleza, Malva, o del imprevisto aspecto en que se os presenta en el espacio de pocos días el pescador y su hijo, aldeano. La variedad de rasgos, refinados y brutales, tiernos y groseros, con los que Gorky describe los sentimientos humanos, es tal que, comparados sus personajes a los de nuestros mejores novelistas parecen tan simples — tan simplificados — como una flor en el arte decorativo europeo parangonada con una flor real.

Gorky es un gran artista; es un poeta; pero es también el hijo de una larga serie de novelistas, que Rusia ha tenido en el último medio siglo, y de los que ha recogido, por lo tanto, sus experiencias: halló por fin aquella feliz combinación de realismo e idealismo por la que se fatigaron tantos años los novelistas populares rusos. Ríschetnieff, y su escuela, intentaron escribir cuentos de carácter ultra-realista, sin ningún rasgo de idealismo. Ellos se detienen, cada vez que creían necesario generalizar, crear, idealizar. Tendían a escribir verdaderos diarios, en los cuales los acontecimientos, grandes o chicos, importantes o insignificantes, fuesen referidos con la misma exactitud

sin que jamás fuera cambiado el tono de la narración. Hemos visto que de esta manera, dado su ingenio pudieron obtener los más fuertes efectos, mas, al igual que el historiador que intenta en vano ser "imparcial" y cae siempre en la parcialidad, ellos no lograron apartarse de la idealización que tanto tenían y que no pudieron evitar. Una obra de arte es siempre personal; el autor puede moverse a su antojo, sus simpatías se manifiestan en su creación y siempre idealizará lo que responda a sus simpatías. Grigoróvic y Marko Vóciok han idealizado la paciencia y la sumisión del campesino ruso, que todo soporta y todo perdona; y Rieschetnikof, inconscientemente, y tal vez contra su propia voluntad, ha idealizado aquella fuerza casi sobrenatural, de resistencia, que había observado en los Urales y en la clase social infima de Petersburgo. Ambos idealizaron alguna cosa, tanto el ultra-realista como el romántico. Gorki debió haber comprendido el significado de todo esto; en ambos casos él no tiene nada que objetar a una cierta idealización. Fiel a la verdad es tan realista como Rieschetnikof; empero, idealiza en el mismo sentido que Turgenéw cuando describía a Rudin, Elena, o Bazárov. Dice también que nosotros debemos idealizar y escoger para la idealización el tipo que ha admirado, sobre todo entre los vagabundos que conoció: el rebelde. A esto debió su éxito; me parece ser exactamente lo que desaban inconscientemente los lectores de todas las naciones, como una liberación de la dominante obtusa mediocridad y la falta de fuertes individualidades.

El lugar de la Sociedad en que Gorki tomó los héroes de sus primeros cuentos cortos — y en éstos mostró mejor su talento — es aquel de los vagabundos de la Rusia meridional: hombres que han roto con la sociedad normal, que trabajan únicamente cuando lo desean, como trabajadores "ocasionales", en los puertos del mar Negro; que duermen en las cuevas y en los barrancos de los alrededores de la ciudad, y vagan durante el estío de Odesa a Crimea y de Crimea a las este pas: del Cáucaso meridional, donde son siempre bien recibidos en el tiempo de la cosecha.

El eterno lamento de pobreza y desventura, de abandono y desesperación, que era la nota predominante en los primeros novelistas populares, desaparece completamente en los cuentos de Gorki. Sus vagabundos no se lamentan. "De cualquier modo va bien — dice uno de ellos —, no hay ninguna razón para lamentarse y llorar; esto no sirve de nada. Es menester vivir y resistir hasta que se nos venga, y cuando estemos vendidos es necesario aguardar la muerte. Esta es toda la sabiduría del mundo. ¿Comprendéis?" (Obra I).

Lejana de los lamentos y de los llantos, sobre la dura suerte de sus vagabundos, una fresca nota de energía y de coraje — absolutamente única en la literatura rusa — vibra a través de los cuentos de Gorki. Sus vagabundos son pobres miserables, mas "no se corrigén". Beben, pero nada en ellos recuerda la obtusa embriaguez de desesperación que encontramos en Levitof. Aun el más oprimido de entre ellos — lejos de hacer una virtud de su desesperación al igual de los héroes de Dostolevsky, sueña en reformar el mundo y enriquecerse. Sueña con el momento en que "nosotros, los pobres, desapareceremos, después de haber enriquecido a los Grosos con la riqueza del espíritu y la fuerza de la vida" (Un error).

Gorki no puede soportar los lamentos; no puede sufrir el auto-castigo, en el que tanto se deleitan los otros escritores rusos — que los *sub-héroes* de Turgenéw sabían expresar tan poéticamente y del cual Dostolevsky había hecho una virtud y que en Rusia ofrece tan infinidad de variedades de ejemplos. Gorki conoce al tipo, pero no se apiada de tales hombres. Cualquier otra cosa antes que uno de esos débiles egoístas que se roen continuamente el corazón, incitan a los otros a beber, para pensar ante la causa de sus "almas ardientes"; esos seres "deinos de una compasión" que, sin embargo, jamás se eleva por sobre su propia auto-comiseración, y "tenos de un amor" que no es otra cosa que egoísmo. Gorki conoce demasiado bien a esos

hombres que por simple protervidad no titubean en sacrificar la vida de las mujeres que a ellos se confían; que no se detienen ante el asesinato, como Raskólnikof o los hermanos Karamázoff, y no obstante se lamentan de las circunstancias que allí los han impelido. "¿Que es todo ese charlar de circunstancias — hace decir Gorki al viejo Yerghil — ¿Cada cual crea las propias circunstancias!; veo muchas clases de hombres, pero los fuertes ¿dónde están? Se extinguen cada vez más".

Porque conoce cuán intensamente sufren los "intelectuales" rusos esta enfermedad del llanto, y sabe cuán raros son entre ellos los idealistas agresivos, los verdaderos rebeldes y qué numerosos, por otra parte, son los Nejdánof (*Tierra virgen*, de Turgenéw) aún entre los "políticos que se dejan arrastrar resignadamente a Siberia; Gorki no toma sus personajes del ambiente de los "intelectuales". Sabe que ellos muy fácilmente devienen "los prisioneros de la vida".

En *Varenka Olessova* Gorki expresa todo su desprecio por los medios "intelectuales" de nuestros días. Presenta el interesante tipo de una muchacha llena de vitalidad, una criatura demasiado primitiva, absolutamente ajena a cualquier ideal de libertad y de igualdad, mas tan llena de vida intensa, tan independiente, tan personal, que no puede dejar de dedicarse sumo interés. Ella se encuentra con uno de esos "intelectuales", que conocen y admiran ideales elevados, aunque débil y privado enteramente del nervio de la vida. Naturalmente, *Varenka* sonríe a la sola idea de que semejante hombre pueda enamorarse de ella; y aquí la expresión que Gorki presta a su heroína para definir al gastado héroe de las novelas rusas.

"El héroe ruso es siempre estúpido y grosero — dice ella —, por cualquier cosa se enfada; siempre piensa en las cosas que no puede comprender; se lamenta continuamente, y es tan miserable, tan miserable! Piensa y habla, va a hacer una declaración de amor y piensa nuevamente, hasta que se casa... Luego, cuando está casado, dice una sarta de necesidades a su esposa y acaba por abandonarla". (*Varenka Olessova*).

El tipo favorito de Gorki es el "rebelde" — el hombre en plena rebeldía contra la sociedad, pero al mismo tiempo un hombre fuerte, potente; y ya que lo encontraba entre los vagabundos, en medio de los cuales había observado el embrión de este tipo, tomó sus más interesantes héroes de este lugar de la vida social.

En *Konavalov*, Gorki expone la psicología, o mejor, una psicología parcial de su héroe vagabundo. "Un intelectual" — en medio de aquellos que la vida ha humillado — en medio de esos seres enteramente andrajosos, hambrientos y feroces; semi-hombres y semi-bestias, que pululan por los bajos fondos de una ciudad. "Es, generalmente, un hombre que no puede ser incluido en ningún orden", "alejado de toda patria, adverso a todo, pronto en cualquier momento a descargar contra alguien su amargo escepticismo". Su vagabundo siente que en la vida ha sido derrotado, pero no busca la justificación de su derrota en las circunstancias. *Konavalov*, por ejemplo, no quiere admitir la teoría tan en boga entre los cultos "sin éxito", que según ellos es el producto de condiciones adversas. "Es menester ser de corazón muy débil para devenir hombres semejantes". Vivo, y algo atormentado... ¿Por qué? No sé. No hay en mí una línea interior... ¿Comprendes? ¿Cómo decir? No hay chispa en mi alma... la fuerza, tal vez? Allí falta algo, he ahí todo!". Y cuando su joven amigo, que ha leído en los libros toda clase de justificaciones para la debilidad de carácter, habla de las "obscuras fuerzas hostiles", *Konavalov* rebate: "detenedlas; clavad vuestros pies en la tierra y resistid".

Algunos de los vagabundos de Gorki son naturalmente filósofos. Ellos reflexionan en torno a la vida humana y han tenido ocasión de conocerla. "Todo el que en su vida haya sostenido alguna lucha y resultó vencido, y se encuentre actualmente prisionado en su miseria, es más filósofo que el mismo Schopenhauer, porque la idea abstracta sólo puede ser exteriorizada en forma correcta y enérgica cuando ha nacido directamente del sufrimiento". El conocimiento de la vida entra esta gente es verdaderamente extraordinario, dice en otro lugar.

El amor de la naturaleza es otro rasgo característico del vagabundo. "Konavalov amaba a natura con un amor profundamente obscuro, que sólo se trasladaba en el relampaguear de sus ojos. Cada vez que iba a los campos o se detenía sobre la ribera de un río, sentíase invadido por un sentimiento de paz y de amor, que lo volvía niño. Otras veces, mirando el cielo exclamaba:—"Ah, bien!" y en su exclamación había más sentimiento y pensamiento que en la retórica de muchos poetas... Por otra parte aún la poesía pierde su simplicidad y su espontaneidad si se convierte en una profesión".

No obstante, el vagabundo-rebelde de Gorki no es un nietzscheano que ignore todo lo que no está comprendido en su estrecho egoísmo, o se considere un "super-hombre"; es necesaria la "morhosa ambición" de un intelectual para crear el verdadero tipo del super-hombre nietzscheano. En los vagabundos de Gorki, como en sus mujeres de la clase más infima, encuéntrase rasgos de una grandeza de carácter y de una simplicidad que son incompatibles con la presunción egoísta del super-hombre. No los idealiza

Gorki, como Tolstol, es un artista, demasiado honesto para "inventar" un fin que no le ha sucedido la vida real de sus héroes, aunque este fin resultase muy pintoresco; y la clase de hombres que describe tan admirablemente, no poseen la consistencia y la "unidad" que son necesarias para hacer perfecta una obra de arte y darle aquella coordinación final sin la cual no es completa.

Si tomamos, por ejemplo, a *Orlov* en *Los Orlov*. "Mi alma arde en mí — dice él —, tengo necesidad de espacio para dar pleno desahogo a mi fuerza. ¡Siento en mí una fuerza indomable! Si el cielo pudiese ser un hombre, un gigante, — fuese el mismo Iliá Muróntzev — lucharía contra él! Aunque fuera una lucha a muerte, diría: tú eres una fuerza, pero yo, Griseka Orlov, también soy una fuerza; veamos cuál de los dos es el mejor".

Mas esta fuerza no dura largo tiempo. En otro lugar del cuento *Orlov* dice que "se siente igualmente empujado hacia todos los vientos", y que su destino no es ser un matador de gigantes, sino simplemente un vagabundo. Y así concluye. Gorki es un artista demasiado grande para hacer de él un matador de gigantes. Y

TERMINACION DE LA HUELGA



El propietario.—Me alegro mucho de volver a ver a estos mozos que querían dejarnos morir de hambre.

para hacer verdaderos héroes; esto no sería bastante próximo a la vida; el vagabundo es un hombre caído. Mas muestra cómo estos hombres, gracias a una conciencia interior de sus propias fuerzas, tienen momentos de verdadera grandeza, aun cuando su fuerza interior no es para hacer de un *Orlov* (*Los Orlov*) o de *Iliá* (*Los Tres*) un verdadero héroe — es decir, un hombre que luce contra los que son más fuertes que él. Parece decir: ¿Por qué no tenéis vosotros, intelectuales, un colorido individual tal que se subleve contra la sociedad que vosotros criticáis y tan potente como estos hombres perdidos?

El talento de Gorki se revela especialmente en los cuentos cortos: cuando él, al igual que sus contemporáneos *Korolenko* y *Tchekof*, ha intentado escribir un cuento largo, con un amplio desarrollo de caracteres, no ha tenido éxito. Tomo como ejemplo, *Tomás Gorzief*, que a pesar de algunas bellas e impresionantes escenas, es más débil que la mayor parte de sus cuentos; en la primera parte del cuento *Los Tres*, la vida idílica de tres jóvenes, sobre la que ya se proyecta la sombra trágica del futuro, lácenos creer en el hallazgo de una de las mejores producciones de la literatura rusa; el final nos desilusiona. El traductor ha preferido truncar el cuento, en la parte donde *Iliá* es representado sobre la tumba del hombre que ha asesinado, antes que traducir el fin de la novela según el autor.

Encontrar una respuesta inmediata del por qué Gorki desmerece desde este punto de vista, es naturalmente una cuestión sumamente difícil y delicada.

Empero, púedese aducir una razón.

lo mismo ocurre con *Iliá* en el cuento *Los Tres*. Es éste un gallardo personaje, que pregunta a Gorki por qué no le hace comenzar una nueva vida, bajo la influencia de los jóvenes socialistas, con los que se encuentra. ¿Por qué no parece él, por ejemplo, en uno de aquellos sangrientos choques entre obreros huelguistas y soldados que acaecían en Rusia exactamente en el período que Gorki escribía este cuento? Por otra parte, la respuesta de Gorki sería que estas cosas no suceden en la vida real. Hombres como *Iliá*, que sueñan sólo con la "verdadera vida de un comerciante", no toman parte en los movimientos obreros.

Y en lugar de hacer de *Iliá* una nueva figura notable, prefirió darle un fin a su héroe que, nada satisface, y hacerlo aparecer miserable y mezquino; en su ataque a la mujer del oficial de policía, de tal suerte que la simpatía pasan directamente de él a la mujer. Si hubiese sido posible idealizar a *Iliá* de manera que sobrepasase los límites permitidos en la idealización, Gorki lo habría hecho, puesto que es partidario de una idealización en el arte realista — pero esto hubiese sido romanticismo puro.

Siempre con más ahínco vuelve a la idea de la necesidad de un ideal en la literatura. La razón de la votabilidad de las opiniones actuales (en la sociedad rusa) — dice — es el olvido del idealismo; los que han desistido de su vida todo idealismo, han quedado completamente desnudos... Esta es la razón por la que nosotros somos tan poco interesantes al uno para el otro y existe un recíproco descontento. (Un error).

Y en el cuento *El lector* (1893) desarrolla más detenidamente sus principios

estéticos. Cuenta cómo uno de sus primeros trabajos, no bien publicado, leyóse una noche en un círculo de amigos. Narra cómo se le hicieron muchos cumplimientos, y cómo, después, de haber abandonado la casa, errando solo, por la desierta calle, sintiéndose feliz por primera vez en su vida, fué alcanzado por uno, que él conocía, y que no había visto entre los presentes a la lectura, el que comenzó a hablarle sobre los deberes de un autor.

"Debéis venir, conmigo — dice el desconocido — que es deber de la literatura, ayudar al hombre a conocerse a sí mismo, a despertar la fe en sí mismo, a desarrollar su propio deseo de verdad, a combatir lo que de malo haya en los hombres, a encontrar lo que de bueno posean, a hacer germinar en sus almas vergüenza, ira, y coraje; en una palabra, hacer todo lo posible para que los hombres se hagan fuertes y capaces, en el significado ideal de la palabra, llenar su vida con el espíritu de la belleza.

"Parece que de nuevo tenemos necesidad de ensueños y de bellas imágenes de fantasía, porque la vida que hemos construido es demasiado pobre en colores, demasiado oscura y pesada... Tal vez la fantasía ayudará a los hombres a levantarse por un momento, por encima de la tierra, y volver a encontrar en ella su verdadero puesto perdido.

Más adelante Gorki hace una confesión que explica quizás por qué no tuvo éxito con los cuentos largos:

"He descubierto en mí mismo — dice — innumerables buenos sentimientos y anhelos — una medida justa de lo que generalmente se denomina bueno; pero un sentimiento que puede unificar todo esto, un pensamiento claro, bien fundado, que abraza todos los fenómenos de la vida — esto, no lo he encontrado en mí mismo.

Levando estas palabras se piensa inmediatamente en Turguenef, que veía en una palabra "libertad" en una misma comprensión del universo y de la vida, el primer paso para ser un gran artista.

"Podéis — continúa el lector — podéis crear en el hombre aún la más pequeña ilusión que tenga el poder de sublevarlo? No! "Vosotros todos, maestros del día, tomáis más de lo que dais, porque sólo habláis de los errores, y únicamente veis éstos. Empero, deben existir también, buenas cualidades en los hombres. Aún vosotros las poseéis, ¿no es verdad?... ¿No notáis vosotros que con vuestros continuos esfuerzos de clasificación y de definición, las virtudes y los vicios se han embrollado entre sí, como dos ovillos de hilo blanco y negro que a fuerza de mezclarse han tomado un color gris? Dudo que Dios os haya enviado sobre la tierra. Si él hubiese querido mandar mensajeros habéis elegido hombres más fuertes que vosotros. Y hubiera encendido en ellos un apasionado amor de la vida, a la verdad, a los hombres.

Nada más que "vida cotidiana" con hombres de todos los días, pensamientos de todos los días, y acontecimientos de todos los días." — continúa despidiéndose el lector. "¿Cuándo hablaréis del espíritu rebelde, de la necesidad de un renacimiento del espíritu? ¿Dónde está el llamamiento por la creación de una vida nueva? ¿Dónde está vuestro coraje? ¿Dónde están las palabras que deberían dar alas al alma?

"Confesad que vosotros no sabéis describir la vida, de manera que vuestras imágenes despertan en los hombres un sentimiento de vergüenza liberadora y un ansia de crear nuevas formas... Podéis vosotros acelerar los latidos de la vida? ¿Podéis darle fuerza como otros escritores?"

"Veo a mi alrededor, muchos hombres inteligentes, pero pocas naturalezas nobles entre ellos, y estos pocos son almas truncadas y suficientes. No sé por qué será así, pero es así; cuanto mejor es el hombre, tanto más pura y honrada es su alma, tanta menos energía posee, tanto más suave y tanto más dura es su vida... Si bien los hombres sufren por el sentimiento de la llegada de algo mejor, aun no se han esforzado para crearla."

"Y aún una cosa, — dijo después de una pausa mi extraño interlocutor — podéis vosotros despertar en un hombre una sonrisa llena de la alegría de la vida, capaz de elevar al mismo tiempo su alma? Mirad, los hombres han casi del todo olvidado la buena y sana risa."

"El sentido de la vida no es la satisfacción de sí mismo; el hombre está aquí para algo mejor; el sentido de la vida reside en la belleza y en la fuerza de la aspiración de un fin; cada momento de la existencia debería tener su mira superior. Ira, odio, vergüenza, adversión y desesperación son las palancas por medio de las cuales se puede destruir todo sobre la tierra. ¿Qué cosa podéis hacer vosotros para despertar la sed de la vida, si sólo lloráis, suspiráis y bostezáis, y únicamente mostráis un hombre que no es otra cosa que polvo?"

"¡Oh! si viniese un hombre, fuerte y vibrante de amor, con un corazón ardiente y un espíritu potente, capaz de abrazar todo, en sí! En la sofocante atmósfera, de un gnomínoso silencio, sus proféticas palabras vibrarían como los tañidos de una campana que tocase a rebato, y hasta las miserables almas de los muertos vivientes temblarían!"

Estas ideas de Gorki sobre la necesidad de algo que esté, por encima de la vida, de todos los días — capaz de elevar el alma — explican también su último drama, *Abergo de noche* que tuvo en Moscú un enorme éxito, pero que representado por los mismos artistas en Petersburgo, fué trágicamente acogido.

La idea fundamental es la misma del *Pato sucio* de Ibsen. Los habitantes de un tugurio conservan su fuerza de vida mientras son mantenidos por una ilusión; el actor ebrio sueña con la

curación, en un retiro especial; una muchacha perdida se refugia en la ilusión de un verdadero amor y así continúa. La situación dramática de estos hombres, que se mantienen en la vida, por tal insignificancia, se presenta de la manera más evidente, no bien se destruyen sus ilusiones. El drama es potente. Empero debe perder en escena a causa de su imperfección técnica (un cuarto acto su pérfuo, y la inútil aparición de una mujer en la primera escena). Más, prescindiendo de estos defectos, es eminentemente dramático. Las situaciones son profundamente trágicas, la acción se desarrolla rápidamente y los diálogos de los habitantes del tugurio y su filosofía de la vida están por encima de cualquier elogio. Se ve que Gorki no ha dicho aún su última palabra, la cuestión reside en saber si en las clases sociales, en medio de las cuales vive, será capaz de descubrir el posible ulterior desarrollo de los tipos, que él, mejor que nadie, conoce. Encontrará entre ellos el material correspondiente a los cánones estéticos, en cuya aplicación ha residido hasta ahora la fuente de su fuerza?

Estas eran las preguntas que me hacía en 1904. Al año siguiente comenzó en Rusia el movimiento revolucionario (llamado de 1905) y Gorki tomó parte en él. Luego debió emigrar y por cierto número de años su obra perdió la frescura y la inspiración de sus primeros cuentos cortos. Sólo en el libro *Mi vida en la niñez*, publicado después de su vuelta a Rusia, ha mostrado una vez más sus altas cualidades creadoras, de las que se ha hablado más arriba.

PEDRO KROPOTKIN

## Pedro Kropotkin JUSTICIA Y MORALIDAD

(Continuación)

Para demostrar esta afirmación poseemos ahora mucho material. Lo viñó en su libro, *El Origen del Hombre*, en el capítulo sobre el desenvolvimiento de la moralidad, tomado de la *Teoría* de Brehm, la descripción de una lucha de dos perros de caravana con una manada de papiones de Egipto. Al acercarse la caravana treparon los monjes a un escarpado monte. Cuando los monjes más viejos vieron los perros, bajaron, aunque estaban en gran peligro en las rocas, y se arrojaron con tal rabia sobre estos últimos, que los lastimaron e hicieron volver hacia sus amos. No fué fácil quitar de nuevo a los perros contra los monjes. Sorprendieron después una montaña de apenas medio año; que se había quedado rezagada y se sentaba encima de una roca. Un viejo mono volvió solo, se acercó con paso lento a los perros, los ahuyentó, cargó la montaña sobre las espaldas y volvió con ella a la manada.

Los viejos monjes no preguntaron en ese momento en nombre de qué principio o de qué orden obraban de ese modo. Se apresuraron a salvar a los suyos por simpatía; por el sentimiento de la comunidad que se desarrolló en ellos a través de millares de años; y finalmente por la fuerza de la conciencia de su poder y de su audacia.

Otro caso ha sido descrito por un naturalista igualmente de confianza, Stairsbury. Encuentro una vez un viejo pelícano que a quien alimentaban otros pelícanos y le daban peces. Darwin confirmó este hecho. Del sacrificio propio de los animales por otros de un especie — en las hormigas, en las cabras alpinas, en los caballos de las estepas, en los pájaros, etc., existen ahora tantas comprobaciones, han sido descritas tan a menudo por nuestros mejores naturalistas, que en el estudio de la naturaleza poseemos un terreno firme para nuestros puntos de vista sobre el desenvolvimiento y la evolución de los conceptos y de los sentimientos morales.

En esto distinguimos fácilmente tres elementos fundamentales, tres partes integrantes de la moralidad: al comienzo el *instinto gregario*, del que se desarrollan después las costumbres y los hábi-

tos; después el concepto de la *justicia*, de ambos se desarrolla el sentimiento que llamamos, no del todo justamente, *abnegación* o *auto-sacrificio*, *altruismo*, *magnuminimidad*, un sentimiento aprobado por la razón, y que debería proplamente ser llamado el sentimiento moral. De estos tres elementos, que se forman en toda comunidad humana de un modo natural, se compone la moralidad. Si las hormigas se ayudan unas a otras a salvar sus crías de un nido destruido por un hombre; si los pájaros vuelan juntos para defenderse contra las aves de presa; si las aves emigrantes, varios días antes de la partida, se reúnen todas las tardes en un determinado lugar para ejecutar, vuelos de prueba; si se agrupan millares de cabras o de carneros para protegerse en una palabra, si los animales expresan en su comunidad costumbres, y usos que les ayudan a facilitar la lucha por la existencia contra la naturaleza o a luchar contra las condiciones desfavorables, eso demuestra la aparición necesaria de un instinto sin el cual habrían indudablemente perecido. La comunidad fué y es todavía la forma básica de la lucha por la existencia, y justamente esa ley de la naturaleza es la que han pasado por alto la mayoría de los darwinistas, no obstante que Darwin mismo, que no había apreciado bastante este hecho en su primer trabajo, *El desarrollo de las especies*, comenzó a hablar de él en su segundo libro fundamental, *El origen del hombre*. Pero precisamente en ese instinto encontramos los primeros orígenes de la moralidad, de los que más tarde se han desarrollado todos los altos sentimientos e ideales.

En el hombre se desarrolla más y más el sentimiento de la *solidaridad* gracias a su vida en comunidad. En la naturaleza pudieran observar los salvajes primitivos que los animales que vivían en comunidades sólidas venían en la lucha por la existencia, y comprendieron cuánto facilitaba la lucha contra la naturaleza naturalista la vida en sociedad. Llegaron sus observaciones a sus descendientes en tradiciones, proverbios, leyendas, canciones, religiones y hasta en divinaciones de algunos animales que vivían en sociedades. De esa manera se transmitió el

instinto social de generación a generación y se afirmó por las costumbres.

Pero el instinto social sólo no bastaría para elaborar las reglas de la comunidad tribal de que hablé al principio. En realidad se desarrolló en los hombres primitivos gradualmente un concepto más consciente y elevado, el concepto de la justicia, y ese concepto fué fundamental para la evolución de la moralidad.

Cuando decimos: "No debes hacer a los otros lo que no quieres que te hagan", exigimos justicia, cuya esencia es el reconocimiento del valor igualitario de todos los miembros de la sociedad humana, en consecuencia su dignidad de derecho, que los miembros de la sociedad deben reconocerse reciprocamente. Al mismo tiempo significa el rechazo de las pretensiones de unos individuos a sobreponerse a los otros.

Sin ese concepto de nivelación no podría nacer la moralidad. En el idioma francés y en el inglés las palabras justicia e igualdad nacen de un mismo origen: *equité* y *égalité*, *equity* y *equality*. Pero ¿de dónde y cuándo surgió ese concepto?

En germen se le encuentra ya en los animales gregarios. En algunos se advierte también el predominio de los machos; pero no en todos. En muchos animales están muy difundidos juegos juveniles (como sabemos ahora exactamente gracias al libro de Karl Gross, *Spieler der Tieren*) y en esos juegos se tiene muy en cuenta la más estricta igualdad de posición de todos los participantes, como podemos nosotros mismos observar en los juegos de los cabritos y de otros animales. Se puede constatar también en los animales recién nacidos que no permiten que aproveche uno más que el otro de la nutrición materna. Como hemos dicho ya, se puede observar el sentimiento de la justicia en las aves emigrantes, cuando vuelven a sus viejos nidos. Tales ejemplos se pueden aportar infinitamente.

Cuanto más presente está el sentimiento de la justicia en los hombres, hasta en los pueblos más salvajes, tanto menos tienen sobre sí dominadores locales. Ya he citado algunos ejemplos: sólo quiero añadir aún que desde que los sabios han comenzado a estudiar la tribu, *Hamar* que confundiría con las monarquías primitivas (como las que encontramos ahora en Africa), se podrían llenar volúmenes enteros con ejemplos de la igualdad de derechos entre los pueblos primitivos.

Se me responderá que se encuentran ya en los pueblos más primitivos: jefes, militares, adivines, etc., que disfrutan de derechos particulares. Ciertamente la aspiración a conquistar derechos especiales se exterioriza ya en las más tiernas comunidades humanas y la historia escolir se preocupa (por temor a los gobernantes) amorosamente de estacionarse en esos hechos, de modo que se podría considerar la historia escolar como una narración de la desigualdad humana. Pero al mismo tiempo los hombres han combatido tenazmente en todas partes la naciente desigualdad de los derechos, y se podría considerar igualmente la historia como una narración en la que se constata cómo se esfuerzan personas aisladas por formar un estado de cosas que les permita sobreponerse a la totalidad, y cómo la totalidad los resistió y defendió la igualdad de derechos. Todas las instituciones de la tribu estaban conformadas para realizar la igualdad de derechos. Pero desgraciadamente los historiadores saben muy poco de eso, porque, hasta que en la segunda mitad del siglo XIX aparecieron dos nuevas ciencias: la del hombre y la de las formas primitivas de la vida humana — antropología y etnología — se había prestado muy poca atención a las formas primitivas de la vida humana.

Pero ahora, después que han sido reunidos una gran cantidad de hechos, vemos que el concepto básico de la justicia se encuentra ya en los hombres más primitivos y que se convierte en regla en la forma originaria de comunidad — la tribu.

Más aún. Podemos continuar, y me animo a ello, en la ciencia y plantear el siguiente asunto: "¿No tiene la justicia su fundamento en la naturaleza humana? Y si es así, constituye tal vez la cualidad fisiológica básica de nuestro pensar?"

(Continuación)